

pestades que hubo de sufrir Luis en vida no le dejaron ni aun en la tumba. Cuando en 1552 los franceses ocuparon á Metz y se prepararon, dirigidos por el violento duque de Guisa, á defenderse contra Carlos V, que se apresuró á ir allí, el templo consagrado á San Arnulfo, como todos los de antiquísima construcción que se encontraban fuera de la ciudad, fué arrasado por las necesidades de la defensa, siendo trasladado el sepulcro de Ludovico Pio á un convento que dentro de la ciudad existía bajo la advocación del mismo santo. El sarcófago fué empotrado en la pared debajo de un dosel sostenido por algunas columnas. De esta suerte parece haberse conservado hasta el tiempo de la Revolución francesa, en que el furor de destrucción acabó con él como con tantos otros preciosos monumentos de la antigüedad. Entonces el sepulcro fué abierto y el sarcófago vendido á un picapedrero, el cual, viendo que nadie lo compraba, lo rompió, empleándolo en la construcción de una nueva chimenea para su casa. Únicamente un fragmento se conserva en la biblioteca de Metz.

CAPITULO IV

GUERRA CIVIL CON MOTIVO DE LA POSESION DEL IMPERIO Y TRATADOS DE VERDUN Y MEERSEN (840-870)

El poco glorioso reinado de Ludovico Pio terminó con una nueva y profunda crisis. Lo que durante tantos años había ocupado todos los pensamientos de Ludovico y le había hecho mostrar, á pesar de las incomodidades de la vejez, una energía y una rapidez de acción sorprendentes, no se había consolidado, antes al contrario, el anciano emperador había rodeado á su hijo favorito de nuevos peligros, abandonándole á un porvenir incierto. La Aquitania no estaba sometida; Luis de Baviera persistía en su rebelión, y en el juramento de Lotario no había que fiar más que en los anteriormente prestados. La caprichosa y mudable política del emperador, sometido tan pronto á la influencia de un amor mal dirigido como á la de mezquinos odios, pesaba como una maldición sobre su familia y sobre su imperio. No era de esperar que aquellos á quienes él había perjudicado respetaran sus disposiciones más que él mismo las había respetado.

Mientras Carlos, demasiado joven para proceder por sí y ante sí, veía con su madre Judith desde Poitiers cómo sus enemigos se levantaban de nuevo en Aquitania, y cómo crecía rápidamente el partido del joven Pepino, Luis, que poco antes había regresado á Baviera como fugitivo, avanzó nuevamente hacia el Rin, se apoderó de la importante plaza de Worms y se dirigió otra vez á Sajonia. Lotario, sin cuidarse para nada del juramento prestado ni de las amonestaciones de su padre en la hora de la muerte, formuló sus pretensiones sobre todo el imperio y sobre su plena soberanía, fundándose en que su padre en los últimos momentos había reconocido como legítima su coronación de emperador restituyéndole expresamente los derechos que de ella se derivaban. En virtud de esto, muchos consideraron no solo como un derecho sino como un deber de Lotario el oponerse á que continuara por más tiempo dividido el imperio. El clero especialmente le miraba como el representante de la unidad del imperio, que constituía el supremo deseo de la Iglesia. El pueblo opinaba de la misma manera, y se puso al lado del joven emperador, cuya soberanía hacía esperar que terminarían las guerras civiles y que se establecería un nuevo estado de cosas fundado en el orden y en el derecho. Los emisarios que Lotario había enviado al otro lado de los Alpes para recabar el juramento de fidelidad no encontraron resistencia en parte alguna, y cuando Lotario se presentó en los territorios imperiales, todos le prestaron espontánea obediencia.

En Ingelheim vióse rodeado de una suntuosa asamblea de dignatarios eclesiásticos; también se presentó allí Ebo de Reims para recobrar su influencia cerca de Lotario y para entrar, al poco tiempo, nuevamente en posesión de su sede arzobispal. La mayor parte de los obispos alemanes, dirigidos por Otgar de Maguncia, se pusieron asimismo de parte de Lotario, y las promesas y las amenazas convencieron á los que en un principio se habían mostrado indecisos.

La causa de Lotario se encontraba, pues, en condiciones muy favorables cuando, después de apoderarse fácilmente de Worms, atravesó el Rin y se encontró en el territorio de Francfort con su hermano Luis, que se había apresurado á salirle al encuentro desde Sajonia. Esto no obstante, no se atrevió á presentar una batalla, sino que firmó un armisticio que luego se prolongó hasta el 11 de noviembre. Esta falta de decisión le fué funesta. En efecto; Lotario, encaminándose hacia el Oeste, penetró en el territorio de Carlos, donde duraba todavía la lucha contra el joven Pepino, y se encontró en Orleans frente á frente del ejército de su hermano; pero en vez de trabar combate, firmó con él un tratado, según el cual hasta fines de mayo, en que los dos hermanos debían reunirse en Attigny para llegar á una nueva inteligencia, Carlos debía permanecer en posesión tranquila de la Aquitania, de la Gotia, de la Provenza y de una gran parte de los territorios que se extendían entre el Sena y el Loira. Lotario se obligó, además, á no hacer hasta aquella fecha armas contra su hermano Luis. Entretanto, Luis conquistó todas las comarcas alemanas, se hizo prestar juramento de fidelidad, sentó sus reales en la misma Sajonia, donde tuvo el apoyo de los monjes del rico monasterio de Corvei, y ocupó después las plazas fuertes que se alzaban á lo largo del Rin, para impedir que Lotario penetrara en estos territorios. A pesar del armisticio, el emperador, en la primavera del año 841, ordenó á un poderoso ejército, conducido por el conde Adalberto de Metz, el mortal enemigo del rey de Baviera, que avanzara hacia el Rin. Engañando á Luis, pasó el conde este río y envió emisarios y agentes á todo el territorio que prometieran rica recompensa á los obedientes y severo castigo á los que ofrecieran resistencia, con lo cual consiguió introducir de tal manera la deserción entre los adeptos de Luis, que este vió disolverse de repente su ejército y tuvo que huir de nuevo á Baviera después de abandonar sus recientes conquistas.

Pero lo que Lotario ganaba por este lado lo perdía en Occidente: la violación del tratado por parte del emperador devolvió á Carlos toda su libertad de acción, y poniéndose al frente de un poderoso ejército, atravesó el Sena por Ruan, derrotó á las tropas de Lotario que allí se encontraban, apoderóse de Saint-Denis y se extendió por la Champaña de tal manera que por la Pascua se encontraba ya en Troyes. En aquella época Lotario, que había confiado la defensa de las comarcas alemanas á Adalberto de Metz, se encontraba en el palacio de Aquisgran. Carlos, que podía con perfecto derecho devolverle sus quejas por la violación del tratado, se presentó oportunamente en Attigny para celebrar la entrevista convenida; pero aguardó en vano la llegada de su hermano mayor. Pronto, sin embargo, recibió allí mensajeros y proposiciones de paz de Luis, á quien contestó suplicándole le enviara pronto auxilios. Luis se puso inmediatamente en marcha hacia el Oeste; al salir de Baviera y penetrar en Suabia encontróse con el conde Adalberto de Metz, que le esperaba en las fronteras de aquellos dos territorios (en Riesgau, sobre el Wernitz) para interceptarle el camino. El día 13 de mayo del año 841 trabóse la batalla, en la cual Luis, á pesar de la inferioridad numérica de sus tropas, salió vencedor, pereciendo en ella el caudillo del ejército enemigo. A mediados de

junio reunióse Luis, en Chalons-sur-Marne, con Carlos, el cual había ido allí desde Attigny para esperar los refuerzos que su madre le había de enviar desde Aquitania. Lotario le había seguido, pero no se atrevió á arrostrar las consecuencias de una batalla. La situación del emperador era en extremo crítica, á pesar de lo cual rechazó las proposiciones de arreglo que le hacían sus hermanos y se dirigió de nuevo hacia el Sur para aliarse con los adversarios de Carlos, dirigidos por el joven Pepino, y restablecer de esta suerte el equilibrio de las fuerzas militares. A pesar del cansancio de las tropas alemanas, Luis y Carlos decidieron perseguir al enemigo fugitivo, procurando trabar un combate decisivo antes de que el emperador pudiese hacerse con algunos refuerzos. En efecto, Lotario fué alcanzado en Auxerre, en el alto Yonne; pero habiéndose entablado nuevas negociaciones, consiguió escapar por medio de una marcha repentina encaminándose hacia el Sudoeste en dirección del Loira. Los aliados le siguieron con tanta prontitud que cuando él acampaba en Fontenay, aquellos se encontraban ya en Thury. Lotario estaba seguro de que se le juntarían pronto los refuerzos de Aquitania que, conducidos por el joven Pepino, avanzaban á marchas forzadas. Los hermanos, teniendo probablemente esto en cuenta, le ofrecieron un arreglo amistoso, y con objeto de entablar las negociaciones se firmó un armisticio que debía durar hasta el 25 de junio. Luis y Carlos propusieron al emperador hacer una nueva división del imperio, prometiendo Luis contentarse con los territorios de la orilla derecha del Rin y Carlos abandonar las comarcas comprendidas entre el bosque de Kohlen y el Mosa. Lotario rechazó las proposiciones, pues lo que él había querido conseguir con las nuevas negociaciones ya lo había logrado: en efecto, el día 24 de junio Pepino con sus aquitanos se reunió con el emperador en el campamento de Fontenay.

En la mañana del 25 de junio de 841, los reyes aliados se prepararon para la batalla decisiva, ocupando con una parte de su ejército los cerros situados entre Fontenay y Thury, mientras el grueso de las tropas se extendía al pie. Después de hacerse una última tentativa de arreglo, comenzó el combate. Una de las alas estaba mandada por Carlos, la otra por su influyente consejero el conde Adalardo, que tenía enfrente á los aquitanos de Pepino, y en el centro se encontraba Luis para luchar contra Lotario. Este, á pesar de su valor personal, no pudo resistir durante mucho tiempo el impetuoso ataque de las tropas bávaras; además, al ver que la suerte le era adversa, muchos de los suyos abandonaron traidoramente sus puestos, viéndose en definitiva envuelto él mismo en la corriente de los fugitivos. Entretanto, Carlos había derrotado también á sus adversarios. La lucha continuó únicamente en la otra ala, donde Adalardo se veía puesto en grave aprieto por Pepino y los aquitanos. Entonces Carlos envió á su auxilio á su tío Nithardo, hijo de Angilberto, con cuyo refuerzo fueron los aquitanos derrotados. Al medio día quedaba decidida la victoria en favor de los dos hermanos, cuyas tropas persiguieron á los fugitivos hasta el río, haciendo gran matanza en ellos, y apoderándose del campamento de Lotario y de Pepino y del rico botín que contenía. Los perseguidores entonces se detuvieron, conmovidos al ver el campo de batalla cubierto de cadáveres y los torrentes y riachuelos coloreados por la sangre derramada. El ejército de Lotario había sido completamente aniquilado. Aun cuando puede aparecer exagerada la cifra de 40,000 muertos que, según se dice, tuvo el ejército del emperador, es indudable que los contemporáneos se apartaron con horror de los asesinatos que los súbditos de un mismo imperio habían cometido entre sí en el campo de batalla de Fontenay, pues lo que hacía más terrible aquella jornada de horrores era que

no habían luchado extranjeros entre sí, sino hermanos, compañeros de un mismo pueblo, individuos de una misma raza que se habían asesinado mutuamente con furor salvaje. Aquitanos habían luchado en uno y otro lado; el encarnizamiento con que en aquella parte del campo de batalla se había luchado, fué causa de que la nobleza aquitana y sus soldados sufrieran sensibles pérdidas. La jornada de Fontenay fué especialmente funesta para la parte romana del pueblo franco, pues su gente había formado el núcleo de los ejércitos de Carlos y de Lotario, al paso que los guerreros alemanes de Luis solo pudieron herir á muy contados compatriotas suyos en las filas enemigas. Esta circunstancia era altamente importante bajo otro punto de vista: el último acto sangriento de la guerra civil se presentaba como una lucha entre el elemento romano y el germánico que coexistían en



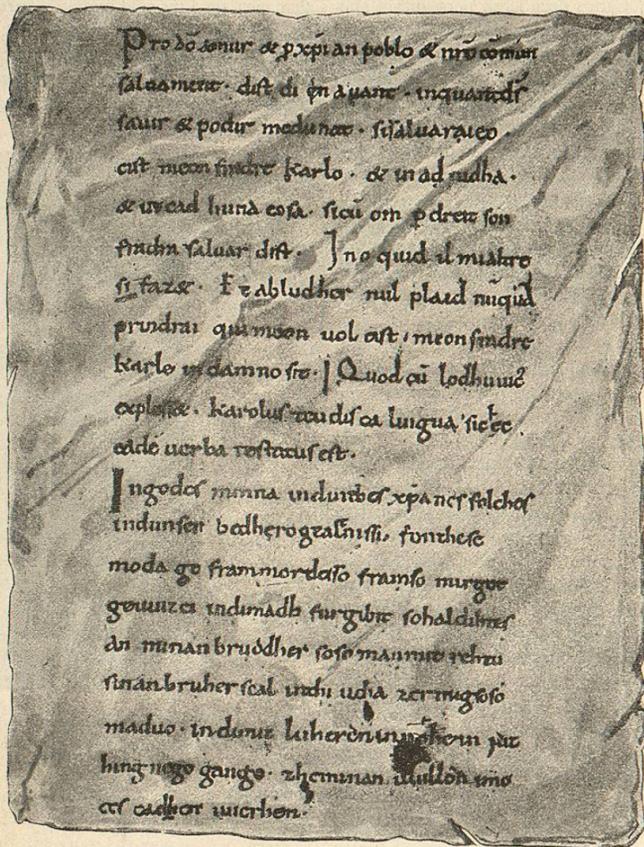
Guerreros francos del siglo IX.
Copia de un manuscrito ilustrado con miniaturas

el seno del imperio carolingio; y como aquella derrota sin ejemplo había quebrantado por mucho tiempo las fuerzas del primero, la decisión del porvenir del imperio quedaba en manos de los alemanes, con lo cual ganaron mucha fuerza las pretensiones de Luis de Baviera. Por de pronto, después de la batalla de Fontenay no había que pensar en desmembrar los territorios alemanes dividiéndolos del modo que hasta entonces se había deseado. Además, en Fontenay quedó decidida la suerte del imperio. La unidad tal como había querido conseguirla Lotario, parte por la fuerza, parte por los artificios de una política innoble, era insostenible y había que renunciar á ella. Únicamente una división del imperio hecha sobre la base de una afinidad mayor ó menor entre las razas en él reunidas, podía restablecer la paz en el seno de la familia soberana y en el imperio y evitar que se reprodujera la matanza de Fontenay.

La victoria de Fontenay fué considerada como una sentencia de Dios, tal como había deseado el vencedor, y como tal la proclamaron los obispos que figuraban en el partido de Carlos y de Luis, diciendo que aquel triunfo había sido conseguido con intención pura y sin mira alguna egoísta, y declarándolo meritorio y laudable, á fin de desvanecer todo remordimiento en el ánimo del vencedor. Los contrarios

sostenían, naturalmente, un criterio completamente distinto, afirmando que los vencedores se habían hecho reos de infame rebelión contra el único soberano legítimo reconocido por Dios. Así pensaba Otgar de Maguncia, y siguiendo esta opinión Lotario se dirigió apresuradamente á Aquisgran, á fin de prepararse para nuevas luchas. Para organizar un ejército, echo mano de los bienes de la corona, ya considerablemente mermados, prodigó las promesas y procuró atraerse á los siervos ofreciéndoles la libertad como recompensa de sus ser-

vicios. Empleó este último medio de agitación especialmente en Sajonia, donde por la influencia de los francos se había operado un cambio en el antiguo orden social. La nobleza sajona, siguiendo el ejemplo de la franca, había aumentado sus derechos, disminuyendo en cambio los de las personas semi-libres hasta reducirlas á la servidumbre, á la cual se vieron también reducidos algunos hombres libres. El descontento que esto produjo subió de punto con la imposición de grandes cargas eclesiásticas, cuya desaparición se solici-



Facsimile de un manuscrito del siglo x que contiene la fórmula del juramento que Luis el Germánico y Carlos II el Calvo prestaron en Estrasburgo en el año 842. El original forma parte de la obra: *Historias francas*, escrita por Nithardo, sobrino de Carlomagno, que se conserva en la Biblioteca Nacional de París

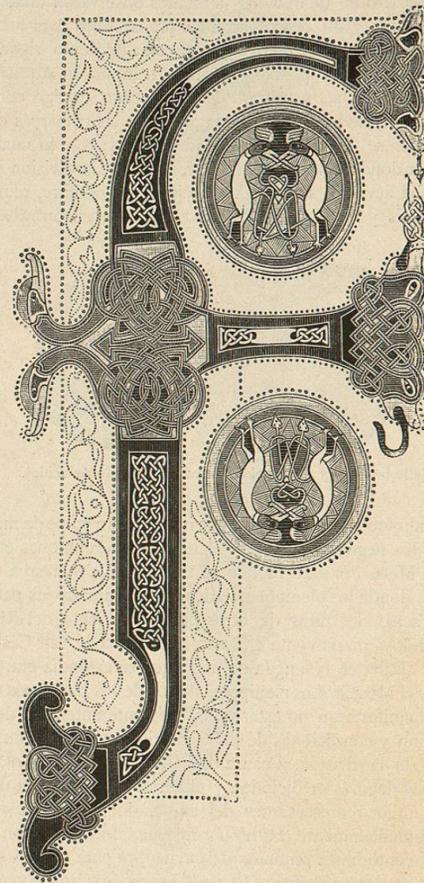
taba de una manera apremiante. En estas circunstancias, las promesas hechas por Lotario fueron allí favorablemente acogidas, reuniéndose los descontentos y formando la *Liga Stelingia*; algunos esperaron que con las cargas eclesiásticas desapareciera también su origen, es decir, el cristianismo. Sin embargo, mal camino había emprendido Lotario apelando á estos medios de lucha, y no retrocediendo tampoco ante la idea de una alianza con los daneses, alianza que compró al precio de las islas Walchern; porque á pesar de todo no pudo confiar en una acción militar seria. Comenzó por dirigirse hácia el Rin, como para atacar á Luis, con el intento de encaminarse luego de repente al Oeste para atacar á Carlos. Este, después de la batalla de Fontenay, y sin tener en cuenta la agitación que reinaba en Aquitania, se dirigió hácia los territorios del Sena y del Marna y pasando por Soissons

y Reims emprendió la marcha en dirección al Mosa. Al tener noticia de que Lotario se le aproximaba, volvió hácia atrás y encontró al enemigo á orillas del Sena, cuya corriente había crecido extraordinariamente. Mucho tiempo permanecieron ambos ejércitos uno frente al otro sin atacarse, hasta que á principios del año 842 la proximidad de Luis, que había podido romper la línea de las tropas de Lotario destinadas á cubrir el Rin, obligó á este á retirarse á Aquisgran. Entonces los dos hermanos se reunieron sin obstáculo alguno en Estrasburgo, en el mes de febrero del año 842, renovando allí solemnemente su alianza. Uno y otro dirigieron una alocución á sus respectivos ejércitos, Carlos en romano y Luis en germano, en la cual ponían de manifiesto la injusticia que con ellos había cometido y amenazaba cometer todavía Lotario, y la desolación que había causado en todo el imperio,

añadiendo que estaban resueltos á robustecer y renovar por medio de solemne juramento la alianza por ellos contraída para su mútua defensa, y que sus respectivos vasallos podían negar su obediencia á cualquiera de los dos que lo quebrantara. Después de esto, Luis prestó en romano, para que le entendieran los soldados de Carlos, el siguiente juramento: «Por amor á Dios y por la salvación del pueblo cristiano y la nuestra propia, á partir desde este día y mientras Dios me conserve la razón y la posibilidad para ello, trataré á este que está presente como á mi hermano, tal como de derecho debe tratarse á un hermano, á condición de que él haga otro tanto conmigo. No firmaré con Lotario tratado alguno que pueda redundar en perjuicio de este mi hermano.» El mismo juramento prestó Carlos, en alemán. En esta diversidad de idiomas manifestóse entonces, por vez primera, el naciente particularismo nacional que oponía fuerte obstáculo á los esfuerzos que en pro de la unidad hacía Lotario.

La suerte del imperio carolingio podía considerarse propiamente decidida con esto, pues Lotario perdió la esperanza de destruir la alianza de los hermanos, que con el juramento prestado en Estrasburgo salía de la esfera del interés personal para convertirse en causa de sus pueblos y de las razas en ellos unidas. En armonía con esto estuvieron la unidad y la energía de las ulteriores operaciones. Luis y Carlos, al frente de sus ejércitos, se dirigieron bajando por la orilla del Rin hácia Worms: en todas partes, los partidarios de Lotario se apresuraron á buscar el favor de los vencedores, á cuya causa se adhirió el mismo Drogo, obispo de Metz. Los expedicionarios hicieron un gran alto en las comarcas situadas entre Worms y Maguncia para esperar la contestación de Lotario á las proposiciones de paz que de nuevo se le habían hecho. Habiendo sido estas rechazadas, el ejército, aumentado por los contingentes bávaros y suavos que conducía Karlmann, el hijo mayor de Luis, avanzó hácia Coblenza. Las tropas de Lotario que, con las auxiliares danesas, se encontraban allí, junto al Mosela, huyeron precipitadamente, dejando á los aliados libre el camino de Aquisgran. Entonces comenzó la deserción en las filas de Lotario, el cual para contenerla deramó á manos llenas los tesoros rápidamente reunidos, llegando hasta distribuir entre los indecisos una famosa joya heredada de su padre y una mesa de plata que en tres escudos juntos representaba la tierra, el firmamento y el curso de los planetas; y para mejor repartirla la redujo á pedazos. A pesar de todo, su ejército estaba poco menos que disuelto cuando por Chalons y Troyes huyó precipitadamente á Lyon, renunciando con ello á la conservación de las comarcas septentrionales. Luis y Carlos, sin cuidarse del emperador, pensaron repartirse los territorios del Norte de los Alpes, de suerte que Lotario viera reducida su soberanía á Italia, y la Iglesia se ofreció de nuevo á legalizar este reparto. Un sínodo que, convocado por ambos reyes, se reunió en Aquisgran, redactó una nota de todos los delitos cometidos por Lotario desde su primera rebelión contra su padre y la violación del juramento á este prestado, hasta las últimas violencias de la guerra; le declaró desposeído, por sentencia divina, de la victoria y del imperio, é invitó á los dos hermanos á que se posesionaran del gobierno, del cual Lotario se había hecho incapaz é indigno, y á que ordenaran las cosas á su voluntad. Una comisión, para formar parte de la cual nombraron Luis y Carlos doce plenipotenciarios, se encargó de la división de los territorios centrales, no repartidos todavía, debiendo atender menos á la proporcionalidad territorial de las dos partes que á su afinidad y cohesión interna. Desde Aquisgran dirigieronse Carlos á las comarcas del Oeste del Mosa y Luis á Sajonia, donde no solo subsistía aun la Liga de Stelingia sino que también ocurrían incursiones normandas y

eslavas que constituían un peligro constante para las fronteras. Después volvieron á reunirse ambos hermanos en Verdun para proseguir la lucha contra Lotario. Este, por último, se resolvió á ceder: por conducto de una fastuosa embajada compuesta de los hombres más respetables de su séquito, propuso una nueva división del imperio partiendo de la base de la antigua entre Italia, Baviera y Aquitania. Lotario, con esto, consentía en lo que había sido el objetivo de la guerra contra él emprendida por sus hermanos. Luis y Carlos renun-



Inicial copiada de la *Biblia de Saint-Denis*, escrita á mediados del siglo ix para Carlos II el Calvo. Conservase en la Biblioteca Nacional de París.

cieron á la división hecha en Aquisgran, procediendo, al hacerlo así, con tanta más prudencia cuanto que ambas partes deseaban ardientemente la terminación de la guerra civil. La Iglesia, en su servilismo, se apresuró á retirar la sentencia dictada contra Lotario y reconoció, por medio de un nuevo acuerdo, su aptitud y dignidad para gobernar. Los reyes aliados propusieron una división hecha de tal suerte que Lotario, además de su reino de Italia, recibiera todos los territorios comprendidos entre el Rin y el Mosa y entre el Rin y el Saona hasta los Alpes; Lotario encontró esta porción harta exigua y exigió además la comarca comprendida entre el Mosa y la selva de Kohlen, que en otro tiempo había pertenecido á Carlos. Propuso pues que la división se hiciera en un congreso y que de las tres porciones que allí se formaran